

# Interculturalidad como lucha contra la dominación de clase

ISRAEL LÓPEZ MARÍN

Secretario del Área Ideológica del Partido Comunista de la Región de Murcia

RESUMEN: El documento aborda la interculturalidad desde una perspectiva marxista crítica, enfatizando su potencial como herramienta de resistencia contra las dinámicas de explotación capitalista y las desigualdades estructurales. Se plantea que la mediación intercultural debe trascender su función técnica para cuestionar la opresión de clase perpetuada por el Estado capitalista. Analiza cómo el capitalismo global explota la mano de obra migrante mientras los excluye como ciudadanos plenos, y propone una solidaridad internacional que unifique a trabajadores autóctonos y migrantes. Asimismo, explora el rol de la mediación en la incidencia política, la educación crítica y la transformación de políticas públicas para dismantelar las narrativas racistas y las barreras estructurales. Finalmente, enfatiza la necesidad de superar el Estado como herramienta de dominación, promoviendo una conciencia de clase transnacional y estrategias contrahegemónicas orientadas hacia la emancipación colectiva y la justicia social.

## **Políticas interculturales: de la gestión técnica a la transformación social**

Desde una perspectiva crítica, las políticas públicas de convivencia intercultural no pueden limitarse a ser herramientas de gestión técnica de la diversidad. Más bien, deben entenderse estas como instrumentos de lucha contra las estructuras de poder que perpetúan las desigualdades de clase, género



y cultura. Tal y como señala Paulo Freire (1970), cualquier práctica educativa, cultural o política que aspire a ser liberadora debe partir de manera inexorable del reconocimiento de las relaciones de opresión existentes y, desde allí, promover un proceso de concienciación crítica que conduzca a la transformación de estas estructuras.

En el capitalismo global, las personas migrantes y racializadas ocupan una posición particularmente precaria en el sistema productivo, donde no solo son explotadas económicamente, sino también marginadas cultural y políticamente. La interculturalidad, entendida desde una perspectiva transformadora, debe cuestionar tanto las bases materiales de esta opresión como las narrativas culturales que la sostienen (Sousa Santos, 2005). En este sentido, las políticas públicas interculturales deben adoptar un enfoque que combine la mediación cultural con una incidencia política orientada a dismantelar las desigualdades estructurales.

La mediación intercultural debe trascender su función técnica para convertirse en un instrumento de transformación social que confronte las dinámicas de opresión inherentes al sistema capitalista. Según Giménez Romero (2003), este proceso busca construir espacios de convivencia en igualdad, pero esta igualdad solo puede lograrse si se desafía la estructura misma del Estado, entendido como una herramienta de opresión de una clase sobre otra. Inspirándose en Freire (1970), la mediación intercultural debe adoptar una pedagogía del oprimido que permita a las personas ser sujetos activos de su emancipación. Esto implica fortalecer las capacidades individuales para identificar y resistir las dinámicas de explotación que configuran su realidad, al tiempo que se fomenta la organización colectiva de las comunidades oprimidas. Solo a través de la movilización de estas comunidades y la articulación de demandas concretas se puede generar una resistencia efectiva frente al capital. Además, la mediación debe actuar como puente entre estas comunidades y las instituciones, promoviendo cambios en las políticas públicas que cuestionen las desigualdades estructurales y expongan al Estado como el aparato que reproduce la dominación de clase. Sin este enfoque transformador, la mediación intercultural corre el riesgo de perpetuar las mismas relaciones de poder que pretende superar, en lugar de contribuir a la construcción de una sociedad verdaderamente igualitaria y solidaria.

Para Gramsci (1971), cualquier lucha cultural debe inscribirse en una estrategia política más amplia que busque construir una hegemonía contrahegemonica. En este sentido, las políticas interculturales no pueden reducirse a un reconocimiento simbólico de las diferencias culturales; deben ser herramientas para fomentar una conciencia de clase transnacional e interseccional que desmonte las divisiones fomentadas por el capitalismo.

La incidencia política desde una perspectiva intercultural implica cuestionar la lógica del Estado capitalista como garante de las desigualdades



estructurales. Como destaca Sousa Santos (2005), las políticas públicas no deben entenderse como concesiones desde arriba, sino como conquistas logradas a través de la organización y la movilización social. En el contexto de las comunidades migrantes y racializadas, esto requiere construir alianzas entre movimientos sociales, sindicatos y organizaciones de base que combinen demandas culturales con luchas económicas y políticas.

### **Capitalismo y exclusión: desafiando las estructuras de poder en las políticas migratorias**

El concepto de inclusión en las políticas interculturales debe trascender las nociones liberales de integración. Desde una perspectiva crítica, la verdadera inclusión solo es posible si se aborda la redistribución de los recursos y el poder. Esto implica, como argumenta Luxemburgo (1913), una lucha directa contra las dinámicas de acumulación del capital que perpetúan la exclusión y la desigualdad. La redistribución no solo se refiere a los recursos materiales, sino también al acceso al poder político y cultural. Las políticas públicas deben garantizar que las comunidades migrantes y racializadas no solo tengan acceso a servicios básicos, sino también a espacios de toma de decisiones que permitan transformar las estructuras de poder existentes. Este enfoque, como señala Sousa Santos (2005), combina la democratización radical con una visión de justicia cognitiva y cultural que reconoce las epistemologías y saberes de los pueblos marginados como herramientas esenciales para la transformación social.

Desde esta perspectiva, la mediación intercultural debe ir más allá de la simple gestión de conflictos culturales para convertirse en una herramienta que confronte las contradicciones estructurales del sistema capitalista y contribuya a la superación del Estado como aparato de opresión de clase. Una de estas contradicciones radica en la necesidad del capitalismo de mano de obra migrante barata, al tiempo que niega a estos trabajadores su condición de ciudadanos plenos, relegándolos a una posición subordinada tanto en el ámbito laboral como en el social. La mediación intercultural debe asumir un rol político activo, conectando las demandas de las comunidades migrantes y racializadas con un proyecto más amplio de emancipación. Esto debe pasar por la organización de los trabajadores migrantes para resistir colectivamente las condiciones de explotación, no solo en defensa de sus derechos laborales, sino también para denunciar las barreras legales y culturales que el sistema perpetúa para garantizar su subordinación estructural en el mercado laboral.

En el ámbito educativo, la mediación intercultural debe desafiar la función del sistema educativo como reproductor de las desigualdades de clase, género y etnia, promoviendo una pedagogía crítica que transforme las escuelas



en espacios de resistencia colectiva. Como señalaba Freire (1970), la educación debe ser una herramienta de concienciación y emancipación que permita a las comunidades marginadas no solo integrarse al sistema, sino cuestionarlo y transformarlo. Esto exige revisar profundamente los contenidos curriculares desde una perspectiva crítica e intercultural, exponiendo cómo las dinámicas de explotación y opresión están integradas en las estructuras económicas y culturales. La mediación intercultural, desde esta óptica, no es simplemente un medio para gestionar diferencias, sino un proyecto político que desafía las bases mismas del sistema capitalista y trabaja hacia una sociedad en la que el Estado deje de ser un instrumento de dominación de clase.

### **El discurso xenófobo y la explotación capitalista: construyendo una respuesta de clase**



72

El auge del discurso de odio en torno a la inmigración no es un fenómeno aislado, sino una herramienta estratégica de la hegemonía cultural burguesa, como lo planteó Gramsci (1971). Este discurso, fomentado por el sistema capitalista, busca consolidar un consenso ideológico que legitime las dinámicas de explotación y fragmentación de la clase trabajadora. La xenofobia y el racismo funcionan como dispositivos para desviar la atención de las contradicciones estructurales del capitalismo, enfrentando a los trabajadores autóctonos con los migrantes en lugar de dirigir su resistencia hacia las élites económicas y políticas responsables de su precarización.

Como señala Raymond Williams (1980), el discurso hegemónico configura el sentido común de una sociedad al integrar elementos ideológicos que parecen naturales, pero que en realidad reproducen las relaciones de poder existentes. En este contexto, la izquierda tiene la tarea urgente de disputar esa hegemonía cultural, desmantelando las narrativas xenófobas que construyen al migrante como el «otro» responsable de los problemas sociales. Es necesario reemplazar este discurso de odio por uno que reconozca a los migrantes como parte integral de la clase trabajadora y de un proyecto emancipador colectivo.

Henri Lefebvre (1968) subrayó que las dinámicas del capitalismo no solo operan en el ámbito de la producción, sino también en la reproducción social, incluyendo los espacios urbanos y las relaciones culturales. La migración, vista desde esta perspectiva, revela cómo el capital se apropia y segrega los espacios, marginalizando a los migrantes mientras explota su fuerza de trabajo. En esta lógica, el discurso xenófobo se convierte en una herramienta para justificar estas desigualdades espaciales y materiales. La respuesta de la izquierda debe enfocarse en articular un proyecto que promueva la justicia espacial, reconociendo a los migrantes como sujetos políticos con derecho a participar

en la transformación de los espacios que habitan. Harvey (2005) argumenta que las narrativas reaccionarias en torno a la migración están profundamente vinculadas al «ajuste territorial» del capital, en el que las fronteras y las divisiones nacionales se utilizan para disciplinar a la fuerza laboral global. Este mecanismo, que combina políticas migratorias restrictivas con discursos de odio, busca mantener un «ejército industrial de reserva» compuesto por trabajadores migrantes desprotegidos. En este contexto, la izquierda debe oponerse a la instrumentalización de las fronteras como barreras que perpetúan la desigualdad y avanzar hacia una política internacionalista que desmantele las divisiones impuestas por el capital.

Jones (2011) nos advierte sobre los riesgos de que la izquierda adopte narrativas populistas que perpetúan la exclusión de los migrantes para apelar a una supuesta base de trabajadores autóctonos. En lugar de ello, la izquierda debe posicionarse como una fuerza contra-hegemónica que integre a los migrantes en un discurso que combine la solidaridad de clase con una lucha activa contra el racismo. Esto implica construir alianzas entre los sectores más vulnerables de la clase trabajadora, desarrollando una conciencia política que reconozca que las luchas por la justicia económica y cultural son inseparables. La lucha contra el discurso de odio, debe enmarcarse en una estrategia política que no solo denuncie el racismo, sino que ataque las bases materiales y simbólicas que lo sostienen. Como lo planteó Freire (1970), es esencial promover un proceso de concienciación crítica que permita a los sectores oprimidos identificar las verdaderas causas de su opresión y organizarse colectivamente para combatirlos. Este proceso debe ser acompañado por una incidencia política que desmantele las estructuras de explotación y que construya una hegemonía cultural alternativa basada en la igualdad, la justicia social y la solidaridad de clase.



## Conclusión

La interculturalidad, concebida desde una perspectiva crítica, debe ir más allá de ser un enfoque técnico para gestionar la diversidad. Debe convertirse en una herramienta de resistencia colectiva frente a las dinámicas de explotación y exclusión que sostienen al capitalismo y perpetúan las desigualdades estructurales. Este enfoque requiere superar al Estado como eje de opresión de una clase sobre otra, reconociendo que su función en el sistema capitalista es garantizar la reproducción de estas desigualdades. La mediación intercultural y la incidencia política deben converger para impulsar una solidaridad internacional entre los pueblos oprimidos, vinculando sus luchas más allá de las fronteras nacionales. Al mismo tiempo, las políticas públicas deben transformarse en instrumentos que desafíen la hegemonía del capital, promoviendo una nueva lógica

basada en la justicia, la igualdad y la solidaridad de clase, donde los vínculos internacionales de los trabajadores y las comunidades marginadas contribuyan a la construcción de una sociedad verdaderamente emancipadora.

Como señalaron Marx y Engels (1848), la emancipación de la clase trabajadora no será el resultado de concesiones desde arriba, sino de la organización y lucha desde abajo. La interculturalidad, en este contexto, debe ser parte de un proyecto político más amplio que busque no solo reconocer las diferencias culturales, sino también transformar las relaciones de poder que las convierten en herramientas de opresión.

La migración debe ser entendida no solo como una cuestión ética o humanitaria, sino como un fenómeno profundamente inscrito en las dinámicas estructurales del capitalismo global. Tal como señala Marx (1867), el capital necesita una reserva constante de fuerza laboral vulnerable y desprotegida, lo que explica la instrumentalización de las migraciones como herramienta de explotación y fragmentación de la clase trabajadora. En este contexto, la izquierda tiene la responsabilidad estratégica de abordar la inmigración desde una óptica que combine principios éticos de solidaridad con una praxis política transformadora, orientada a la unidad de la clase trabajadora frente a las dinámicas divisorias del capital.

La globalización neoliberal, como ha argumentado Chomsky (1999), fomenta las desigualdades económicas que obligan a millones de personas a migrar, mientras que en los países de destino se promueven discursos xenófobos y políticas restrictivas para desviar la atención de las contradicciones internas del capitalismo. Estos discursos reaccionarios, según Žižek (2009), funcionan como un «falso universalismo» que criminaliza al otro migrante para legitimar un sistema que perpetúa la explotación. En esta lógica, la xenofobia no es un desvío, sino una herramienta ideológica central para mantener la hegemonía de la clase dominante y desarticular la resistencia colectiva de los oprimidos.

La izquierda, por tanto, debe articular una estrategia que ataque las raíces estructurales del fenómeno migratorio y desmonte las narrativas xenófobas desde un enfoque contrahegemónico. En primer lugar, es imprescindible construir una conciencia de clase transnacional que, como sugiere Gramsci (1971), sea capaz de superar las divisiones impuestas por las élites y unificar a los trabajadores migrantes y autóctonos en torno a intereses comunes. Esto requiere no solo un discurso político inclusivo, sino también la incorporación activa de las comunidades migrantes como sujetos políticos plenos, capaces de protagonizar la lucha por sus derechos.

Asimismo, como señala Žižek (2011), es crucial no caer en un multiculturalismo liberal superficial que celebre la diversidad sin cuestionar las dinámicas materiales que generan las desigualdades. La interculturalidad, desde una perspectiva marxista, no debe ser entendida como un mero reconocimiento



simbólico de las diferencias, sino como un proyecto político que promueva la solidaridad de clase, desafiando las fronteras ideológicas y materiales que dividen a los trabajadores. En este sentido, las propuestas programáticas de la izquierda deben abordar tanto las condiciones de explotación que enfrentan los migrantes en los países de destino como las causas estructurales de la migración forzada, incluyendo las intervenciones económicas y militares en las sociedades de origen.

Por último, las y los comunistas debemos asumir la tarea de combatir la ola reaccionaria no solo en el plano discursivo, sino mediante una praxis que combine la lucha ética con una estrategia política integral. Como advierte Chomsky (1999), la construcción de una alternativa real al capitalismo requiere exponer la conexión entre las políticas migratorias restrictivas, el racismo y las dinámicas de acumulación capitalista. Este proyecto, como señaló Paulo Freire (1970), solo puede materializarse a través de la organización y la educación política de los sectores oprimidos, promoviendo su empoderamiento y capacidad de incidencia política. La izquierda debe transformar el fenómeno migratorio en un espacio de resistencia y organización colectiva, articulando una estrategia que confronte tanto las desigualdades globales como las divisiones internas de la clase trabajadora. Como Marx y Engels (1848) señalaron, la emancipación de la clase trabajadora solo será posible a través de su unidad y lucha organizada, superando las barreras culturales, nacionales y económicas que perpetúan su opresión. ★



### Bibliografía

- CHOMSKY, N. (1999). *Profit Over People: Neoliberalism and Global Order*. Seven Stories Press.
- ENGELS, F. (1845). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.
- FREIRE, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI.
- GIMÉNEZ ROMERO, C. (2003). *Manual de mediación intercultural*. Catarata.
- GRAMSCI, A. (1971). *Cuadernos de la cárcel*.
- HARVEY, D. (2005). *The New Imperialism*. Oxford University Press.
- JONES, O. (2011). *Chavs: The Demonization of the Working Class*. Verso.
- LEFEBVRE, H. (1968). *Le Droit à la Ville*. Anthropos.
- LUXEMBURGO, R. (1913). *La acumulación del capital*.
- MARX, K. (1867). *El capital*.
- MARX, K., & Engels, F. (1848). *Manifiesto del Partido Comunista*.
- SOUSA SANTOS, B. (2005). *La globalización del derecho: Los nuevos caminos de la regulación y la emancipación*. Trotta.
- WILLIAMS, R. (1980). *Problemas de materialismo cultural*. Akal.
- ŽIŽEK, S. (2009). *Violence: Six Sideways Reflections*. Picador.
- (2011). *Living in the End Times*. Verso.